

HI14-78

457 COPIAS

Ariel Historia

Joaquín Gómez Pantoja (coord.)

HISTORIA ANTIGUA
(GRECIA Y ROMA)

Ariel

CAPÍTULO 2

EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN TORNO AL AÑO 1000 A.C.

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ

Universidad Complutense de Madrid

1. Principales fuentes sobre la cuestión

Debido a lo temprano de la época y a lo extenso de la zona abarcada, no existen fuentes literarias primarias para el periodo tratado en este capítulo y tampoco ha sobrevivido en su integridad ninguna monografía antigua sobre las tierras y las gentes de la mitad occidental de la cuenca mediterránea. Lo que sí disponemos es una serie de noticias —algunas de segunda o tercera mano y siempre posteriores a los hechos— recogidas por los autores clásicos; muchas de ellas son de tipo geográfico o etnográfico, procedente de viajeros y marinos; otras, en cambio, se refieren a acontecimientos políticos. La veracidad y utilidad de cada una de estas noticias varía enormemente y su valor debe de ser determinado en cada caso por los especialistas. En el capítulo se hará mención a diferentes autores griegos y latinos que transmiten noticias del Occidente mediterráneo a comienzo del I milenio a.C. Aquí sólo se ofrece una lista alfabética de ellos, con unos brevísimos apuntes biográficos: Anacreonte (570-490 a.C.), poeta lírico griego; Aristóteles (384-322 a.C.), discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno y al que se deben multitud de obras de diverso carácter; Apiano (siglo II d.C.), un funcionario imperial en tiempos de los emperadores Trajano y Adriano y autor de *Historia Romana* desde Eneas hasta su tiempo; Avieno, un poeta de hacia 400 d.C., autor de un largo poema conservado incompleto y llamado *Ora Marítima*, en el que recoge noticias variopintas sobre las tierras occidentales; César (100-44 a.C.) visitó, por razón de sus cargos, gran parte de las tierras mediterráneas y dejó una completa descripción de sus campañas en Galia; Cicerón vivió en el siglo I a.C. y en sus obras se conservan noticias diversas; Diodoro Sículo vivió en el siglo I a.C. y redactó una *Biblioteca Histórica* parcialmente conservada; Estesícoro de Himera (635-555 a.C.), poeta lírico griego autor de un poema sobre el rapto de los toros de Gerión por Hércules en Occidente; Estrabón (64 a.C.-20 d.C.), autor de una utilísima *Geografía* de todo el mundo conocido en su época; Eudoxo de Cnido (siglo IV a.C.) un discípulo de Pla-

tón, buen astrónomo y autor de noticias diversas de tipo geográfico; Filisto de Siracusa, contemporáneo del anterior y autor de obras históricas en gran parte perdidas; Hecateo de Mileto (siglo VI a.C.), escribió obras históricas y geográficas; Heródoto (siglo V a.C.), autor de una *Historia de las Guerras Médicas*, pero llena de noticias sobre los pueblos del Levante mediterráneo; Lucano, poeta hispano del siglo I d.C. y autor de la *Farsalia*, en la que narra la guerra civil entre César y Pompeyo; Menandro de Éfeso, de hacia el año 200 a.C., escribió una *Historia de los griegos y de los bárbaros*, citada por otros autores; Plinio el Viejo (siglo I d.C.), autor de la *Historia Natural*, una vasta enciclopedia del saber antiguo; Polibio (204-117 a.C.) escribió una *Historia* de la conquista del Mediterráneo por Roma, conservada en parte; Pomponio Mela (siglo I d.C.), hispano de nacimiento y autor de *Geografía*; Posidonio (135-51 a.C.), filósofo griego y autor de una *Historia del Mediterráneo* en su tiempo, cuyas informaciones sirvieron a muchos otros autores; Salustio (86-26 a.C.), autor de una *Historia*, en gran parte perdida, pero se conservan sus dos monografías, *La Conjuración de Catilina*, y la *Guerra de Jugurta*; Siliio Itálico; poeta épico de la segunda mitad del siglo I d.C. que escribió un largo poema sobre las guerras púnicas; Tertuliano (160-220 d.C.), un escritor cristiano, cuyos libros contienen multitud de datos eruditos; Timeo, historiador del siglo IV a.C. y autor de una *Historia de Sicilia*, muy citada en la Antigüedad; Tito Livio (59-17 d.C.), escribió una monumental *Historia de Roma* desde sus orígenes hasta la época de Augusto, que se conserva incompleta; Trogo Pompeyo (siglo I a.C.), autor de las *Historias Filipicas*, cuyo título escondía una *Historia Universal del Mediterráneo*; Tucídides, historiador ateniense del siglo V a.C. y cuya *Historia de la Guerra del Peloponeso* contiene datos útiles sobre los movimientos tempranos de fenicios y griegos; Valerio Máximo, que vivió a comienzos del imperio y compuso nueve libros sobre hechos y cosas memorables; Veleyo Patérculo fue el autor de una *Historia de Roma* desde las emigraciones griegas hasta la caída de Cartago; y Virgilio (116-27 a.C.), poeta latino autor del famoso poema *Eneida* sobre los orígenes —míticos y reales— de Roma.

2. La colonización fenicia

2.1. LOS FENICIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Estrabón recoge la noticia, posiblemente sacada de Posidonio, de los varios intentos hechos por los fenicios para encontrar un buen asiento en la costa meridional hispana. Primero tantearon la costa de Sexi (Almuñécar), después la ría de Huelva, y finalmente se asentaron en Cádiz, enclave que estaba magníficamente situado, por tratarse de una península en la desembocadura del Guadalquivir, desde donde se podía controlar bien el paso a la costa atlántica, así como toda la salida a puerto del mineral de Sierra Morena. Los fenicios escogieron para sus asentamientos islotes o penínsulas. Estrabón afirma categóricamente que los fenicios llegaron a Occidente antes que los mercaderes griegos.

La arqueología sigue hoy día el rastro de varios yacimientos anteriores al asentamiento estable de colonias fenicias en el extremo occidental del Mediterráneo. Los escritores griegos y latinos (Estrabón y Veleyo Patérculo) coinciden en la fecha de la fundación de Cádiz, en torno al año 1100 a.C. La expansión fenicia estuvo protagoni-

zada por comerciantes privados. La economía fenicia del I milenio a.C. fue de tipo palacial, como lo demuestran las empresas conjuntas de Hiram de Tiro y de Salomón, descritas en el Libro primero de los Reyes, que alude a la flota de Ofir. Estos comerciantes pertenecían probablemente a la aristocracia fenicia, vinculada con el poder político. Constituían una clase nueva surgida de la autoridad comercial. Los primeros asentamientos fenicios en Occidente estuvieron amurallados. Las tumbas más antiguas descubiertas hasta el momento presente son de carácter aristocrático, como las de Sexi (Almuñécar), en torno al 672 a.C., o los hipogeos de Trayamar (Málaga). El Heracleion gaditano debió desempeñar un papel importante en la expansión fenicia, que sería en cierto modo una especie de empresa estatal. El historiador Heródoto, el Pseudo Scílax y Avieno aluden a contactos no hegemónicos refiriéndose a un momento posterior a la presencia colonial fenicia en el estrecho de Gibraltar; caracterizados por intercambios sin ocupación territorial y sin sometimiento de la población indígena, pero señalan la existencia de una presencia hegemónica anterior en Occidente. Las primeras importaciones fenicias en el contexto indígena de Acinipo se fechan en torno al año 910 a.C.

El carácter de la sociedad indígena receptora condicionó estos contactos con los aristócratas fenicios. Se trata de un intercambio que beneficiaba sólo a los jefes locales o tribales. La clase dependiente participó sólo como fuerza de trabajo a favor de los mercaderes de más alto rango. La investigación actual no se ha puesto de acuerdo sobre su significado y duración.

Cádiz desempeñaba un papel importante en la ocupación territorial del mediodía peninsular, paralela a la interacción comercial con regiones en las que después los fenicios llegarían o no a formar asentamientos.

En la costa atlántica del continente africano parece que se detecta alguna etapa precolonial. En la costa atlántica portuguesa los fenicios desarrollaron una actividad colonial de contactos, no hegemónicos, que terminó siendo sustituida por asentamientos fenicios permanentes, como queda patente en Tavira y en otros lugares. Materiales fenicios aparecen en torno al siglo VIII a.C. en el Cerro de la Rocha. Los contactos fenicios se fechan entre los inicios del siglo IX y los del siglo VIII a.C. en Santarém y en Almaraz.

La *Ora Marítima* de Avieno proporciona indicios de que las relaciones marítimas a que alude el poema sean de fecha anterior a las citadas fundaciones coloniales del siglo VIII a.C. Por tanto, el contacto no hegemónico tuvo que ser anterior, sin que se pueda precisar su duración exacta. El contacto sistemático fenicio en el estrecho de Gibraltar se remonta al año 800 a.C., y la presencia fenicia en Occidente estuvo motivada por la fabulosa riqueza en metales y por la existencia de una población indígena dedicada a la extracción.

Los intercambios de largo alcance mantuvieron una cierta fluidez entre Fenicia y Occidente. Cerámicas micénicas llegaron al sur de la península ibérica, pero no parece que haya que atribuirles a un contacto no hegemónico. En los últimos tiempos del bronce final y del periodo orientalizante no hubo corte brusco, sino más bien continuidad. Los contactos no hegemónicos serían una modalidad común a micénicos, a fenicios, y a griegos, que pudieron ser de larga duración, motivadas por la destrucción del modelo palacial en la segunda mitad del II milenio a.C.

Se ha supuesto igualmente que los contactos hegemónicos están caracterizados por los intercambios sin ocupación territorial y sin sometimiento de las poblaciones

indígenas; fueron necesarios hasta que las comunidades autóctonas lograron una situación sociocultural que permitiese la coexistencia de éstas con las comunidades fenicias. Sólo en ese momento fue posible el desarrollo de la ciudad de tipo fenicio. La organización social indígena de la etapa de los contactos no hegemónicos parece que fue menos compleja que la del periodo de contactos sistemáticos. Los fenicios se contentaban con obtener recursos sin presión alguna, como se deduce de Heródoto, del Pseudo Scylax y de Avieno.

Cuando apareció en la sociedad indígena una clase aristocrática, los fenicios pudieron fundar ciudades o establecimientos de tipo palacial, como en Sexi (Almuñécar) en la costa malagueña, en Huelva, en Hispalis, en Cástulo, en el Castillo de Doña Blanca (que se ha considerado sede de la antigua Cádiz), etc. Estos enclaves se fechan a partir del siglo VIII a.C. o muy a finales del siglo IX a.C. La ocupación del territorio, como en Cástulo o en Cancho Roano (Badajoz), o en Abul y otros poblados en Extremadura, presupone un programa de explotación de los recursos, que sólo es posible manteniendo un control de las gentes indígenas y del territorio. Para ello es necesario que un sector social controle a sus correligionarios y comparta con los fenicios su posición hegemónica y sus beneficios.

Los productos que se intercambiaban eran: minerales, pieles, y esclavos, a cambio de aceite, vino, objetos de bronce, cerámicas y tela. A los fenicios se debe la introducción en Occidente de la gallina, del asno, del vino, del aceite, del hierro, de la pintura vascular, del torno de alfarero, del marfil, del carro, y los escudos con escotadura representados en las estelas hispanas del bronce final y del periodo orientalizante. También introdujeron el uso de la forja y del martilleo, pues era imposible la fundición en moldes, de modo que puede hablarse de una metalurgia nueva a partir de los comienzos del siglo VIII a.C. También implantaron los fenicios el proceso de copelación de la plata y nuevas técnicas en joyería, como el granulado y el repujado, las técnicas de la cera perdida, del batido, del martilleado y forjado en frío, el montaje de piedras separadas, el pulido y el acabado final de las aplicaciones de bulto recto, el relieve, la incisión, el troquel, la impresión, el uso de hornos que alcanzaban mayores temperaturas, un urbanismo planificado con calles (Toscanos, Chorreras, y Morro de Mezquitilla), con casas de formas y tamaños diferentes. Las islas Baleares fueron fundamentales en las relaciones de Fenicia con Occidente a finales del II milenio a.C. La sociedad del bronce antiguo entró en crisis y desapareció en un periodo que corre del 1200 al 900 a.C. Después del cambio del I milenio a.C. y antes de la fundación de Ebusus, que se sitúa en torno al 653 a.C., se documentan en las islas Baleares objetos exóticos y de prestigio, típicos de intercambios anteriores a la colonización fenicia. Estos objetos ya elaborados llegarían hacia finales del siglo X a.C. (Son Matge), como los brazaletes de pasta vítrea y de hierro hallados en la cueva de Cavux, fechados con anterioridad al 800 a.C., los objetos de la vecina necrópolis de Es Forat de Ses Arntges, que se datan en torno al año 1000 a.C. Las ánforas fenicias halladas en Ibiza se datan entre los años 850-825 a.C. La ocupación definitiva de Ibiza por los fenicios se fecha actualmente hacia los años 800-750 a.C.

En Mallorca, las primeras cerámicas elaboradas con el torno aparecen en la segunda mitad del siglo VII a.C. La expansión fenicia de Occidente vino motivada por las condiciones internas de las propias ciudades de Fenicia y por razones económicas, demográficas y políticas. El comercio de metales fue sólo una de las causas de la coloni-

zación fenicia en Occidente. Homero, en la *Odisea*, poco después del 700 a.C., y Heródoto, en el siglo V a.C., mencionan el comercio de esclavos, al que se dedicaban preferentemente los fenicios. Otros autores, como Salustio, Justino, Curcio Rufo y Tertuliano, señalaron como causa de la colonización fenicia la superpoblación y la falta de tierras de cultivo. La presión asiria sobre Siria, Fenicia e Israel originó en el valle del Guadalquivir, en Hispalis, en Carmona, y en la costa malagueña una importante colonización agrícola. Cádiz ejerció un papel primordial en la colonización fenicia de Occidente, sin duda dependiente de Tiro, desde la que se fundaron auténticas ciudades como el Castillo de Doña Blanca, o Fonteta en la costa levantina.

Hacia mediados del siglo VII a.C., se expansionó el modelo colonial fenicio, con asentamientos en regiones más alejadas, como Ibiza, Mogador, Rachgoum o Cancho Roano, que muestran unos rasgos socioeconómicos diferentes a aquellos de los fenicios más antiguos, enterrados en tumbas lujosas de Trayamar o de Almuñécar. Poco a poco esta aristocracia fenicia colonial cortó los lazos económicos con Cádiz y transformó los asentamientos arcaicos en verdaderas ciudades.

En los asentamientos fenicios más antiguos, la actividad económica estaba diversificada en pesca, ganadería y agricultura, siendo el comercio un elemento más. Los asentamientos fenicios fueron bien planificados desde el principio, como se ha observado en Toscanos, en Morro de la Mezquitilla, y en Chorreras, todos estos en Málaga; así como en Fonteta (Alicante), y en el Castillo de Doña Blanca (Cádiz). Datan del siglo VIII a.C. La formación de estos enclaves no fue planificada desde Oriente. Los asentamientos fenicios de la costa meridional de la península Ibérica se colocaron en lugares donde no abundan los metales, salvo cierta abundancia del cobre y el hierro, que parecen estar elegidos en función de una colonización agrícola. La arqueología no parece confirmar que estos lugares mantuvieran unas relaciones intensas con el «hinterland» tartésico. Los hallazgos sugieren una producción dirigida al autoabastecimiento. Recientemente se ha sugerido la posibilidad de una explotación y comercio local del cobre y del hierro, para los fenicios colonizadores por parte de los pueblos indígenas. Sin embargo, el Pseudo Aristóteles y Diodoro Sículo afirman tajantemente que el principal producto que buscaban los fenicios en Occidente eran los metales. El segundo autor sostiene que los fenicios llenaron Grecia y Asia de estos metales. La plata, tan abundante en Israel en tiempos de Salomón, podía llegar perfectamente desde la península Ibérica. Otro producto que se exportó a Oriente fueron las salazones, vía Cartago según Timeo, pero esta exportación no se daría antes del siglo VI a.C.

2.2. LAS COLONIAS FENICIAS EN ÁFRICA

Filisto de Siracusa es el autor griego más antiguo que sitúa la fundación de Cartago en fecha inmediata a la fundación de Troya. Eudoxo de Cnido, contemporáneo del anterior, recoge el mismo dato, así como Apiano en el siglo II a.C. Por su parte Timeo fecha la fundación de Cartago en 814-813 a.C. por Elisa, la hermana de Pigmalión, rey de Tiro. Un relato parecido lo escribió Trogo Pompeyo y fue resumido por Justino, mientras que el historiador judío Flavio Josefo recogió de Menandro de Éfeso la información sobre la fundación de Cartago. Menandro fue el primer autor griego que consultó fuentes fenicias. Según estos relatos, la fundación de Cartago se debería a la her-

mana del rey de Tiro, y tuvo lugar hacia el 820 a.C. El poeta Virgilio también conocía esta leyenda sobre la fundación mítica de Cartago.

El material arqueológico hallado en esta ciudad no ha proporcionado una fecha anterior a la primera mitad del siglo VIII a.C. Las últimas excavaciones efectuadas en Cartago sugieren una fecha en torno al segundo o tercer cuarto del siglo VIII a.C. De los relatos anteriores, principalmente del testimonio que nos ha llegado de Justino, se deduce que la fundación de Cartago no obedece a razones comerciales, sino a luchas internas en la corte de Tiro.

Utica habría sido fundada, según el Pseudo Aristóteles, 287 años antes de que lo fuera Cartago, lo cual nos conduce a la fundación de Utica hasta el año 1101 a.C. Los dos primeros siglos de la historia de Cartago son muy oscuros, por la falta de fuentes documentales escritas. El material más antiguo hallado en las necrópolis sugieren unas relaciones comerciales con Chipre y con las ciudades fenicias. Con el desarrollo urbano y el crecimiento demográfico de la ciudad se ampliaron las importaciones a los mundos etrusco, griego y egipcio. Es muy probable que en el siglo VII a.C. llegaran nuevos emigrantes de Oriente, debido a la presión asiria sobre Fenicia.

La comunidad de Cartago estaría formada por aristócratas descendientes de la nobleza tiria, que acompañaron a Elisa, por los fenicios de Chipre y por chipriotas, a los que se incorporó un importante grupo de africanos.

Durante el siglo VII a.C. debió surgir en Cartago una conciencia cívica. Se daría ahora un profundo mestizaje, dirigido desde la élite, como parece indicar la uniformidad del mobiliario funerario de las necrópolis. La ciudad de Cartago estaba amurallada en el siglo VI a.C. y probablemente antes. Todavía a finales del siglo VI a.C. los cartagineses pagaban un tributo a los libios, antiguos dueños del territorio, debido a la escasez de tierras —por otra parte característica de los emporios— lo que obligó a Cartago a volcarse al mar.

Diodoro Sículo atribuye a los cartagineses la fundación de una colonia en Ibiza en el 653 a.C. Los primeros asentamientos en Puig de Vila, en Sa Caleta, y en Puig des Molins no parecen cartagineses, sino fenicios occidentales, y seguramente del sur de la península Ibérica. En Cartago, al parecer trabajaban artesanos especializados en la talla de marfil. A un taller cartaginés, a juzgar por los motivos estilísticos, han sido atribuidos algunos marfiles arcaicos hallados en Esparta. El comercio cartaginés se dirigió pronto a Sicilia y a Cerdeña; a la Sirte y a Egipto; lo cual explicaría los influjos de tipo egiptizante que se encuentra en Cartago en este período.

Durante el siglo VI y comienzos del siglo V a.C. algunos establecimientos fenicios de Cuccureddus, Monte Sirai, las campañas de Malco, o la intervención de Magón que narra Justino, indican que existía un claro interés cartaginés por Cerdeña. El tratado entre Roma y Cartago, del año 509 a.C., prueba igualmente que a Cartago le interesaba Cerdeña, colonizada por los fenicios desde la península Ibérica. En el año 535 a.C. una coalición marítima etrusco-cartaginesa chocó en Alalia contra los griegos focenses. La batalla naval ha sido narrada por Heródoto. Los focenses fueron vencidos, pero el comercio focense siguió llegando al Mediterráneo occidental. La derrota de los griegos no tuvo repercusiones serias en la realidad comercial. Durante el siglo VI a.C. la cultura material y las estelas votivas de Sulcis, Tharros y Nora indican la presencia cartaginesa en Cerdeña, pero no una verdadera conquista por parte de Cartago. Las campañas de Malco y Magón en Cerdeña se han puesto en conexión con los conflictos

surgidos entre los focenses y las poblaciones autóctonas, pero no se corresponden con una verdadera ocupación de la isla por parte de los cartagineses.

El primer tratado entre Roma y Cartago, del año 509 a.C., descrito por Polibio, fue en efecto sin violencia y les permitió intervenir en la distribución de los metales y de salazones para todo el Mediterráneo. Esta política convirtió a Cartago en una gran potencia política y económica, y le llevó a firmar tratados y alianzas, poniendo ya las bases de unas condiciones de supremacía política. No se trata de imperialismo, sino de una hegemonía.

Carece de fundamento la idea de la existencia de una alianza entre Cartago y Persia durante las guerras médicas (480-479 a.C.). Heródoto no otorga importancia a la coincidencia de las fechas de las batallas de Himera y Salamina en 480 a.C. Éforo fue el primer historiador griego que habló de un programa completo destinado a vencer a los griegos. Diodoro, sin embargo, menciona nuevamente la alianza Cartago-Persia.

En Ibiza, hacia la mitad del siglo V a.C. se detecta la introducción de formas cerámicas típicamente púnicas, así como terracotas del tipo Cartago y navajas de afeitar, muy numerosas en Cartago. En la península Ibérica no se han encontrado huellas de una actividad comercial cartaginesa hasta bien avanzado el siglo VI a.C. Es a partir de esa fecha cuando la presencia de Cartago se localiza en el ámbito cultural en la construcción de hipogeos, de cistas de piedra con predominio de la inhumación, y de tumbas en fosas. De Cartago debían proceder los huevos de avestruz (más de 700) encontrados en el yacimiento de Villaricos, así como las máscaras, los amuletos, los objetos de pasta azulada, etc., que también se documentan en Cartago. Las tumbas de cámara y pozo de Cádiz y de la necrópolis ibicenca de Puig des Molins, fechadas en el siglo V a.C., tienen paralelos en Cartago. Sin embargo, las importaciones cartaginesas son escasas antes del siglo V a.C.

En la península Ibérica no se ha descubierto ningún asentamiento colonial que se pueda atribuir exclusivamente a los cartagineses. Antes de la llegada de los bárquidas, en el 237 a.C., no se puede hablar de conquista cartaginesa del territorio.

Algunos autores han insistido en la existencia de una política agresiva cartaginesa durante el siglo VI a.C., pero en realidad las pruebas son débiles y no se puede demostrar la hegemonía de Cartago sobre Motia, Solunto o Panormo. Se trató de un conflicto local en el que intervienen los griegos y la participación de Cartago obedece al juego de intereses económicos y a las alianzas políticas. La actividad de Cartago en Sicilia en los años 410-409 a.C. responde a la necesidad de defender los intereses cartagineses y los de sus aliados ante la actividad de Selinunte y de Himera. La política de Dionisio, tirano de Siracusa, complicó la situación. La intervención de Cartago en 406 a.C. obedece a la postura de las ciudades dorias y particularmente de Siracusa. Como resultado de las luchas, Agrigento fue saqueada, y Gela fue evacuada. Poco después se firmó un tratado entre Dionisio y Cartago. Esta última ciudad no buscaba la conquista de Sicilia, sino garantizar la libertad de comercio en la isla. En estas guerras del siglo V a.C., que tuvieron por escenario a Sicilia, mercenarios iberos lucharon como aliados del ejército cartaginés, lo que es un claro indicio de la existencia de problemas económicos en sus tierras de origen.

3. La colonización griega

Fue un proceso posterior a la fenicia, según Estrabón. El viaje de Colaios de Samos, que volvió a su isla cargado de metal, se fecha en torno al año 625 a.C. El viaje de Sótrato de Egina, que tornó a Grecia cargado igualmente de metales, es de fecha indeterminada, pero cercana a la del viaje de Colaios. Las cámaras del tesoro de 13 toneladas de bronce tartésico, según los de Elea, que fue ofrecida por el tirano Milón y el pueblo de Sición, se datan en el año 600 a.C. Todas estas fuentes demuestran que los metales eran el principal producto buscado por los fenicios y griegos. Los focenses llegaron fácilmente a Occidente gracias al equilibrado peso de sus naves, pentecóteras de cincuenta remeros. Fundaron Marsella hacia el año 600 a.C., y desde allí Ampurias en torno al 575 a.C. También viajaron, siguiendo la costa, hasta el sur peninsular, donde contactaron con el rey tartésico Argantonio. El emplazamiento de Ampurias había sido visitado antes, al parecer, por fenicios, griegos y etruscos, en función probablemente de la obtención de la plata de los Pirineos. La colonia focense fue posiblemente desde su fundación una diápolis, una ciudad doble, mezcla de ilergetes y de griegos. Baria (Villaricos) en Almería era una colonia fenicia establecida en función de las cercanas minas y de las fábricas de salazón, donde habitaban iberos y fenicios o cartagineses. También Toscanos puede considerarse una diápolis. En Huelva cohabitaban tres grupos claramente diferenciados, los indígenas (como evidencia el hallazgo de numerosa cerámica local indígena), fenicios y griegos, entre el 750/700 y el 560 a.C. Los mercaderes fenicios tuvieron su importancia desde el 750/700 al 530 a.C.; los griegos fueron la comunidad menos importante siendo su mejor momento en la ciudad de Huelva hacia los años 590-530 a.C. Los mercaderes fenicios y griegos comerciaban con los indígenas los minerales del Cerro Salomón y de otros yacimientos vecinos. Los colonos focenses propagaron entre los iberos los cultos a la Artemis Efesia, según Estrabón, y el alfabeto jonio. El alfabeto ibero se inventó entre las actuales provincias de Murcia y Alicante, con influjos del ambiente griego jonio-oriental, entre los años 550 y 440 a.C. En la arquitectura ibérica ha quedado patente muy bien el influjo griego, así como el uso del cimacio jonio, del astrágalo, de las palmetas y de las dobles volutas en capiteles y zapatas. Las palmetas de volutas parecen ser esculpidas por artistas griegos, como en la manta de caballo de Casas de Juan Núñez (Alicante) o en la decoración de broches de cinturón del santuario de Collado de los Jardines.

Los focenses introdujeron la escultura en Occidente a partir de los últimos decenios del siglo VI a.C. Ejemplo de ello es una escultura de Elche, muy deteriorada; la cabeza de Koré de Alicante; la esfinge de Agost (Alicante); la esfinge de El Salobra; y la cabeza de grifo de Redován. El rostro de la Dama de Elche ofrece un paralelo notable con el de la Hera de Selinunte. La escultura de Obulco sigue cánones artísticos focenses. Parte de ella debió ser obra de artesanos griegos. En este conjunto estatuario se detectan al menos la mano de tres artistas o talleres. La Dama de Baza acusa igualmente el influjo griego, al igual que otras diosas ibéricas: la Perséfone de Elche, las dos estatuas funerarias —una procedente del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) y una segunda del Llano de la Consolación—, que podrían ser consideradas como diosas ibéricas, de claro influjo artístico griego traído por los navegantes focenses. El grupo de diosa; madre en terracota, de Alcoy, con la diosa entronizada, con su atributo (la pa-

loma) entre dos aulistas y otra pareja humana, se ha interpretado como una posible imagen de la Artemis Efesia.

En el pequeño puerto fortificado de La Picola (Santa Pola, Alicante), fundado hacia el año 430 a.C., el urbanismo de calles, manzanas de calles, murallas con torres rectangulares, antemuros, escarpa, contraescarpa, glacis y fosa, cuya medida base es el pie jonio —el ático, muy difundido por yacimientos focenses occidentales, es griego. La participación indígena quedó bien manifiesta en la ejecución. La mayoría de la población era ibera, pero el arquitecto era griego o un ibero formado por griegos. La mayoría de estas influencias proceden del ambiente jonio— oriental, durante la segunda mitad del siglo VI a.C., en el periodo comprendido entre la conquista persa y la destrucción de Mileto en el 494 a.C. Esta situación debió obligar a muchos griegos, fundamentalmente artesanos, a emigrar a Occidente. En el sureste de la península Ibérica la presencia careció de importancia. El final de la influencia griega directa se sitúa actualmente en torno al 430 a.C.

4. La céltica

La tradición más antigua sobre los celtas en los escritores griegos y romanos no remonta más allá del siglo V a.C.

El origen de la cultura céltica se ha buscado en la cultura hallstática D del ámbito occidental. Este substrato se extiende desde Bohemia al Macizo Central, y de los Alpes a Mittelgebirge. En el interior de este extenso territorio, durante el siglo VI a.C., un grupo se distingue por su riqueza; particularmente objetos de oro depositados en las tumbas. Joyas típicas son los torques de oro con que eran distinguidos los grandes jefes tribales. También se han encontrado, como joyas igualmente características, aros de oro, pendientes, y cuencos, como el de la tumba germana de Ditzingen-Schöckingen, fechada en la segunda mitad del siglo VI a.C. También se han encontrado copas de oro, del siglo VI a.C., como la depositada en la tumba principesca, con carro, de Bad-Cannstatt (Baden-Württemberg); puñales de hierro revestidos de oro, como el hallado en la tumba principesca de Eberdingen-Hochdorf, también del siglo VI a.C. Estos enterramientos son bajos; túmulos que suelen contener carros. También se depositaban en las tumbas grandes calderos de bronce, u oinochoes de bronce para el vino, como el de la tumba de Inzikhofen-Villingen. Estas poblaciones conocían la escultura en piedra, de la que es buen ejemplo el guerrero del túmulo de Distingen-Hirschianden, datado en el siglo VI a.C.

Entre los años 500-480 a.C., fecha de la tumba de Vix, en Francia, se desarrolló entre los ríos Maas y Meno-Neckar una civilización muy original y nueva, llamada de La Tène, que mantenía contactos con el este y con el Mediterráneo, de donde se enriquecía gracias al comercio. Esos contactos se detectan en los objetos de las tumbas alemanas de Rodenbach, Dürkheim, y otras, que contienen en los ajuares piezas etruscas. En el siglo VI a.C. los celtas mantenían ya relaciones con los griegos, posiblemente a través de Marsella, como lo prueba la citada tumba principesca de Vix, con una gigantesca cratera, parecida a la de la tumba de Heusseburg sobre el Alto Danubio, y a la del Château-sur-Saluis en el Jura, etc. También se acusan influjos del este euroasiático. Los agricultores celtas colonizaron después la región de París y la Picardía. Junto a la aristocracia de las tribus celtas, que usaba carros, se desarrolló un campesinado y un

artesano floreciente. A partir del año 500 a.C. los celtas se dirigieron hacia Italia. Es una época de gran expansión demográfica, de progreso técnico principalmente en la agricultura.

A partir de los inicios del siglo IV a.C. los autores antiguos grecolatinos se refieren ya a la llegada de los celtas transalpinos a la Italia septentrional. Avanzaban poco a poco, hasta llegar a Roma. Trogo Pompeyo alude a los contactos de los celtas con Dionisio de Siracusa, al que proporcionaron mercenarios que lucharon en Sicilia y en Grecia. Saquearon el famoso santuario de Delos, pasaron a Asia Menor y se asentaron en Galacia.

Ahora aparecen en Italia los objetos más antiguos de la cultura de La Tène, por ejemplo fibulas parecidas a las encontradas en Champagne y en Borgoña. En la primera edad del hierro los celtas se pusieron en contacto con los pueblos del Mediterráneo. Heródoto los menciona en el siglo V a.C. instalados en Occidente.

En Bohemia se desarrolló una cultura parecida a la de La Tène, autóctona, al igual que sucedió en el norte de Francia y en el norte de Alemania. Es posible que el mismo fenómeno se diera en Eslovaquia, Moravia y Hungría.

En Dinamarca la presencia de celtas es escasa; prácticamente nula, a pesar de que allí apareció el famoso caldero de Gundestrup, datado en torno al 100 a.C., que se ha considerado la obra cumbre del arte y de la religión celta. En torno al 250 a.C. se supone que las islas Británicas fueron colonizadas por celtas.

Los celtas desarrollaron por todos los territorios que controlaron la técnica de la metalurgia, principalmente del hierro. Los artesanos que trabajaban el hierro habían alcanzado una habilidad extraordinaria en el trabajo del metal, particularmente la forja y moldeado del hierro. Plinio atribuye a los celtas de la Galia la invención y la utilización del estañado y del plateado. Estos mismos celtas utilizaron mucho el esmalte para la decoración de objetos de hierro, de plata y de bronce.

El oppidum celta de Entremont, en el sur de Francia, es una típica fortificación celta. Presenta, junto a elementos de gran refinamiento y confort, otros muy rudos, como se aprecia en el aparejo irregular del recinto, en las habitaciones, muy pequeñas, así como en los objetos artísticos y en los rituales. Respecto a la religiosidad, se depositaban cráneos humanos en oquedades practicadas en las fachadas de las casas y de los templos, que eran trofeos amputados a los enemigos vencidos, o bien reliquias de los antepasados. La influencia mediterránea queda patente en la arquitectura.

Desde finales del siglo III a.C. y los comienzos del siglo II a.C., estos celtas, que los autores clásicos llaman galos, mantuvieron un intenso comercio con griegos y romanos, en manos, al menos parcialmente, de itálicos. Este comercio salía de Delos, pasaba por Sicilia y terminaba en Marsella. El apogeo de este comercio se sitúa entre los años 150-50 a.C.

El estado actual de la investigación y de la arqueología permite hacerse una idea bastante aproximada de la religiosidad celta. Los conjuntos religiosos de Entremont y de Roquepertuse, situados al sur de Francia, tienen figuras de humanos en postura búdica. Se han interpretado como manifestaciones de una comunidad de ideas típicamente mediterráneas. La religión celta fue de gran originalidad. Lucano, en su *Farsalia*, menciona la tríada celta compuesta por Tarannis, Teutates y Esus. Un escolio a esta obra de Lucano identifica a Esus con Marte, a Tarannis con Dispatet y a Teutates con Mercurio, que, según César, era uno de los dioses principales de los galos. En las

inscripciones posteriores, Teutates se asimila a Marte y Tarannis a Júpiter. En honor de Teutates se ahoga un hombre en una bañera, que es la escena que aparece representada en el caldero de Gundestrup. A Esus se le aplacaba suspendiendo a un hombre de un árbol, y se le sacrificaba cruelmente. A Tarannis se le ofrecían varios hombres metidos en una jaula de madera que era luego incendiada. Según César, los celtas de la Galia prometían a este dios ofrecerle el botín que fueran a conseguir; después de la batalla le inmolaban personas y animales capturados vivos y apilaban el resto en un lugar determinado.

César describió en detalle el panteón de los celtas de la Galia, que conocía bien por haber permanecido allí mucho tiempo durante su conquista. Según el general y escritor, el dios principal era un dios celta asimilado a Mercurio, al que se consideraba el inventor de todas las artes, el guía de los viajeros y el favorecedor del comercio. En segundo lugar los celtas adoraban a un dios asimilado a Apolo, a Marte, a Júpiter y a Minerva. Las concepciones celtas sobre estas divinidades, según puntualiza César, son iguales a las de otros pueblos. Apolo ahuyentaba las enfermedades, Minerva enseñaba los rudimentos de las artes y de los oficios, Júpiter gobernaba el cielo, y Marte la guerra. En muchas ciudades celtas se pueden ver túmulos consagrados a los dioses formados por el apilamiento de los botines de guerra. Nadie se atrevía a robar algo de este botín, so pena de ser castigado con el suplicio o la pena capital.

Otros dioses importantes del panteón galo fueron Cernunnos, Sucellus, Epona —la diosa de los caballos—, las Matres y Lug. Las imágenes de los dioses eran muy frecuentes entre los celtas, que también reverenciaban a otros muchos dioses, citados en las inscripciones. El culto a las aguas estuvo muy extendido, así como a distintas deidades relacionadas con ellas. La adivinación se hacía mediante sacrificios humanos.

Los druidas eran los sacerdotes celtas. Estrabón dice que era una institución común a todos los pueblos celtas. Su presencia se documenta también entre los galatas (celtas), en Britania y en Irlanda, pero no en la península Ibérica. Los druidas estuvieron muy vinculados con la institución de la monarquía. César atribuía a los druidas el papel de educadores, de jueces y de sacerdotes. Por tanto, eran muy importantes para la sociedad a todos los niveles. La doctrina de los druidas estaba al parecer muy influida por las doctrinas pitagóricas. Los druidas estuvieron perfectamente organizados en una casta sacerdotal. Participaron activamente en la guerra; por este motivo los emperadores Augusto y Claudio los suprimieron, alegando que alentaban a la rebelión de sus pueblos contra los romanos. A los druidas competía hacer los sacrificios, la magia, la adivinación, y la medicina. Los jefes locales o los miembros destacados de las familias aristocráticas podían también sacrificar en honor de los dioses.

5. Los pueblos de la península Itálica

La península Itálica era un mosaico de diferentes pueblos hasta la unificación de Roma, que tuvo lugar de modo completo en el siglo I d.C., tras conseguir unidad política, lingüística y cultural. El concepto de unidad de Italia en sentido histórico coincide con la concesión de la ciudadanía romana a las poblaciones transpadanas en el año 49 a.C. y con la extensión del nombre de Italia hasta los Alpes. Con anterioridad

existía un concepto poco más o menos vago de unidad geográfica, que los griegos designaron como Hesperia, es decir «país de Occidente», o en otros términos Tyrrhenia, o Ausonia, de sentido más incierto aún. Augusto creó once regiones administrativas que corresponden a otros tantos pueblos, que se pusieron en contacto con la administración romana. Los pueblos de la Italia antigua sólo son conocidos a partir de los siglos VIII-VII a.C., cuando entraron en contacto con los griegos.

5.1. ITALIA TIRRÉNICA

La Italia tirrénica al sur del Tíber comprendía Sicilia e Italia sur-occidental, Campania y los Latinos. Sicilia pronto cayó bajo el influjo cultural de los fenicios y de los griegos, por lo que no desarrolló una autonomía política y cultural. Los sículos aseguraban proceder del mismo nombre de la península Itálica, antepasados también de los latinos. Entre los siglos X-VI a.C. Sicilia ofrece unas manifestaciones culturales heterogéneas derivadas de varias influencias mediterráneas. Los sicanijs y los elimios, habitantes de la Sicilia occidental, desarrollaron una cultura indígena de cierta originalidad, mientras que la cultura de la región sur-occidental se caracterizó por el uso de tumbas de fosa.

Campania estuvo muy vinculada con el resto de la Italia tirrénica. Fue habitada por los ausones y los oscos. La cultura se caracterizaba por las tumbas de fosa. Pronto fue visitada por los etruscos y por los griegos. Los latinos se extendieron desde la Campania hasta el Tíber. La fase más antigua de la cultura latina presenta una notable semejanza con la cultura proto-vilanovaiana del sur de Etruria. A partir del siglo VII a.C. la cultura latina cayó bajo el influjo de los etruscos y de los griegos. La ciudad más importante fue Roma. Los etruscos dominaban parte del Lacio. Hubo olas inmigratorias en este territorio de sabinos y de volscos que ocuparon el Lacio meridional.

5.2. ETRURIA

Los etruscos alcanzaron una gran cultura. Algunos autores antiguos, como Heródoto, dicen que llegaron a Italia procedentes de Asia Menor, mientras que la mayor parte de los investigadores modernos ven los orígenes de los etruscos en gentes preindoeuropeas existentes en Italia. Los etruscos ocuparon el territorio comprendido entre los ríos Tíber y Arno y el mar Tirreno. El paso a la edad del hierro se caracteriza por la presencia de gentes protovilanovaianas que trajeron el rito fúnebre de la cremación de los cadáveres, a los que siguieron inmigrantes vilanovaianos, que seguían el rito de depositar las cenizas de los difuntos en urnas con forma de cabañas. La presencia de los fenicios y de los griegos, así como el desarrollo del comercio, provocaron un brillante periodo orientalizante caracterizado por la construcción de grandes túmulos principescos, como las llamadas tumbas Regolini-Galassi, Bernardini, Barberini, etc. Coincide este periodo con el desarrollo del urbanismo, del artesanado y de la industria, con la difusión de la escritura, de la actividad política y comercial por mar, en connivencia con los fenicios y con los griegos, que llevó en el siglo VI a.C. a conflictos entre los etruscos y los griegos. En Etruria aumentaron

mucho las importaciones de productos griegos. El esplendor de la cultura artística etrusca se sitúa en los siglos VI y V a.C.

Abundan en Etruria las ciudades unidas por vínculos religiosos, étnicos, de cooperación político-económica. Las ciudades eran autónomas y conservaban sus particularidades culturales, como Caere, Tarquinia, Vulci, Veulonia, Volterra, etc. La forma de gobierno fue la monarquía o la tiranía, aunque después llegaron gobiernos republicanos. La literatura de los etruscos se ha perdido. Según la tradición, la expansión etrusca llegó a controlar todo el territorio comprendido entre la Campania y el valle del Po. La decadencia política y económica de Etruria comenzó en el siglo V a.C.

5.3. ITALIA ADRIÁTICA

La Italia adriática comprendía los pueblos apulios y el área meridional. Apulia se extendía por la parte septentrional de la región, mientras la península salentina se llamaba Calabria. Englobó a varios pueblos, los claunios, los calabreses, los mesapios, los salentinos y otros, unidos por una afinidad cultural. Mantuvieron vínculos culturales con las poblaciones asentadas al otro lado del Adriático. Los micénicos visitaron estas costas. En Apulia apareció pronto el rito funerario de la cremación de los muertos y la región fue famosa por su cerámica pintada con decoración geométrica, que se exportó por todo el mar Adriático. El influjo griego penetró rápidamente en la región desde Tarento, manifestándose en la penetración del alfabeto, de técnicas constructivas, en las cerámicas y en los bronceos. La pintura funeraria acusa influjos mediterráneos y samnitas. Con el tiempo se desarrolló una civilización urbana en núcleos como Oria, Ruvo, Canosa, Arpi, Ordana, etc., que conservaron su independencia contra los griegos y samnitas, uniéndose en ligas o confederaciones.

Los actuales territorios de las Marcas y del Abruzzo en la zona del Adriático Medio han dejado huellas de una elevada cultura, que floreció entre los siglos VIII y V a.C. Los picenos, de origen umbro-sabelio, los asilios y los liburnios habitaron esta región. La necrópolis de Novilara, en las proximidades del Piceno, se caracteriza por una cultura del hierro, de influjo danubiano, balcánico y oriental, y por el uso de estelas decoradas con figuras e inscripciones redactadas en una lengua difícil de entender. En la fase más antigua de la cultura se infiltraron gentes protovilanovaianas que practicaban la cremación de cadáveres, a las que siguieron los vilanovaianos, que inhumaban, trabajaban bien el bronce, usaban el ámbar, y fabricaban figurillas geométricas y otros objetos de acusado influjo etrusco y griego arcaicos.

El grupo étnico y lingüístico más importante que se asentó en Italia, aparte de los etruscos, es el de los itálicos, que se asentaron en el valle situado entre los montes Apeninos y Umbría hasta Lucania. Este grupo estuvo formado por sabinos y sabelios, denominados samnitas en lengua griega y que habitaban la región denominada Samnium.

Los pueblos itálicos orientales se expandieron por la Italia central y meridional entre los siglos VI y IV a.C. El primer movimiento migratorio llegó hasta las costas tirrénicas, llegando luego a Campania y finalmente al sur de Italia. Al norte también llegaron al valle del Po. En su expansión, los itálicos asumieron el nombre étnico de los pueblos sometidos y ciertos elementos de su cultura, como el alfabeto de los etruscos,

de los griegos y de los latinos. Los itálicos fueron guerreros y mercenarios, devotos de Marte. Su cultura se caracterizó por una arquitectura de muros ciclópeos formados por bloques poligonales, por las decoraciones de tipo geométrico y por la difusión de bronce votivos y de terracotas.

5.4. LA PADANA

El paso de la península Itálica hacia la región subalpina estuvo ocupado por pueblos de culturas diferentes. En esta zona se asentarían primero pueblos con ritos funerarios de incineración, que sumaron rituales de tipo oriental. Pudo haber penetraciones protoetruscas que llegaron del otro lado de los Apeninos. La tradición recogida por los autores antiguos menciona una colonización etrusca unida al hecho de la creación de ciudades en el valle del Po. En el paso de los siglos VI al V a.C. en esta región floreció la civilización de la Certosa, sometida a influjos etruscos y griegos, y a otros de tipo local. Invadieron esta área los itálicos, los umbros y los celtas, que tomaron esta región como tierra de tránsito hacia el Piceno y la Italia central.

En general, la Italia septentrional es muy mal conocida hasta la llegada de los romanos. Los vénetos formaban un pueblo de origen ilírico; su lengua era indoeuropea pero diferente de la latina y de la umbro-sabélica. Los vénetos que ocupaban el arco alpino conservaron su independencia y sus tradiciones hasta la conquista romana. La cultura del hierro en este territorio se caracterizó por la cremación de cadáveres y por una fuerte presencia de objetos de tipo vilanoviano, por los influjos adriáticos y danubianos, así como por elementos orientalizantes y griegos llegados entre los siglos VII y VI a.C. Típicos de este pueblo fueron las láminas de bronce con relieves e incisiones, y las situlas.

Los ligures habitaban la parte oriental de esta región. Quizá ocuparon el valle del Po antes de la expansión de los vénetos, de los etruscos y de los celtas. Su cultura es muy heterogénea. Son famosas las incisiones rupestres de los santuarios alpinos de Val Camonica y de Monte Bego en los Alpes Marítimos, y las estatuas menhir del Alto Odige y de la Lunigiana, que se extendieron hasta el sur de Francia, e incluso llegaron a Córcega. En el Alto Po floreció una cultura del hierro llamada de la Gola-secca, relacionada con los vénetos. La ribera ligur recibió influjos culturales griegos y etruscos.

6. Iberia en el despertar de la historia

6.1. LA SITUACIÓN ENTRE LOS SIGLOS X-VIII A.C.

En el ángulo noreste de la península Ibérica, durante el bronce final (siglos X al VIII a.C.), se detectan dos influencias: una procedente del noreste de Francia y sur de Alemania, y otro fundamentalmente comercial que se relaciona con el litoral bretón de la fachada atlántica francesa. A lo largo de todo el siglo X a.C., fueron muy numerosas las necrópolis de Campos de Urnas. Durante el siglo X a.C. se desarrolló en la Meseta la cultura de Cogotas I, que se caracteriza por la técnica del boquique en la cerámi-

ca. Continuaron los contactos entre ambas vertientes de los Pirineos, pero a pesar de los contactos con los pueblos de la Francia meridional, con cultura de los túmulos centroeuropeos, la cultura de Cogotas I es genuinamente local.

Las hachas de talón, las hoces, las espadas de hojas pistiliforme y lengüeta calada son los objetos típicos de la cultura del noroeste de la península Ibérica en torno al año 1000 a.C. En esta época la Península recibió aportaciones culturales producto del comercio atlántico, como las hachas de talón y las espadas, que indican contactos con las islas Británicas y con la Bretaña francesa. La Extremadura española estuvo más retrasada que la portuguesa.

En el siglo X a.C., los focos culturales más importantes de Andalucía fueron el Alto Guadalquivir y el suroeste. Pervivieron en este siglo las tradiciones de la cultura de El Argar. Se mantuvieron los contactos con la Meseta y con el centro de Portugal.

En el Levante, a lo largo del siglo X a.C., pervivieron ciertas influencias argáricas. El norte y el sur continuaron con la tradición de las cerámicas propias, heredadas del pasado, y con los asentamientos de fácil defensa natural. Nuevas aportaciones llegaron de Andalucía, de la Meseta y del valle del Ebro. La cultura de Campos de Urnas influyó poco o nada en las regiones septentrionales.

En el siglo IX a.C., el territorio del noreste peninsular se subdividía en dos regiones: las poblaciones que enterraban las cenizas en urnas o en cistas protegidas por círculos de piedra, y, por otro lado, los asentamientos de Aragón, que practicaban la inhumación. Los antecedentes de esta última cultura se encuentran en las comunidades de las cistas del valle medio del Rin.

Durante el siglo IX a.C. predomina la cultura de Cogotas I en la Meseta nororiental y suroccidental. Se incrementó el uso de la técnica del boquique en la cerámica, que recibió como decoración muchas más incisiones. Los objetos de bronce de la Meseta norte proceden de una corriente cultural plural mediterránea, llegada de Sicilia, o de Chipre, de Rodas y del Levante. En el noroeste de la península Ibérica, durante este siglo, continuaron usándose las hachas de talón con dos asas, y se mantuvieron las relaciones con Bretaña y con Armórica. Los dos focos culturales más importantes ocuparon el centro de Portugal y la Extremadura española. En la desembocadura del río Tajo pervivieron comunidades que habitaban cuevas. Estos pueblos seguían fabricando cerámicas de decoración geométrica bruñida. Durante este siglo se mantuvieron contactos marítimos con el exterior. En las llamadas estelas extremeñas se detectan objetos que en cierta medida combinan elementos culturales atlánticos y mediterráneos. En la costa atlántica hispana se desarrolló un intenso tráfico marítimo con el Báltico.

En Andalucía occidental se emplearon mucho los cuencos bruñidos en la superficie exterior, a los que se aplicaron detalles ornamentales. En torno al año 1000 a.C. y el siglo subsiguiente se desarrolló mucho la metalurgia, como lo indican las espadas de lengua de carpa, tipo Ría de Hueiva. El sur de la península Ibérica pronto estuvo ocupado por gentes indoeuropeas que llegaron muy pronto a estas tierras y formaron el substrato sobre el que se asentaron los tartesios. Con ellos se relacionaron los fenicios y después los griegos. Los filólogos rastrean las lenguas de estas gentes. La cultura levantina de los comienzos del I milenio a.C. se conoce muy poco.

6.2. TARTESOS

Tartessos es el nombre dado por los autores clásicos a la región correspondiente a las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, aunque debió abarcar también el litoral mediterráneo hasta *Mastia Tartessiorum*, en las proximidades de Cartagena y, por occidente, el sur de Portugal.

Estesicoro de Himera fue el primer autor que hizo mención a Tartessos, que parece ser un río. El poeta griego Anacreonte menciona la longevidad de los reyes de Tartessos. Hecateo de Mileto describe el territorio y enumera sus ciudades. Heródoto cita los viajes de Colaios de Samos a Tartessos, que era un emporio comercial no visitado aún por los griegos, y del que volvió cargado de metales. También alude al viaje de los marinos de Focea, en Asia Menor, a los que el rey Argantonio dio dinero para reconstruir las murallas de su ciudad. Avieno, siguiendo a otros autores (Cicerón, Valerio Máximo, Plinio, Silio Itálico), identificó a Cádiz con la capital Tartessos, lo que no era así ni para Éforo, ni para Pausanias, que la colocó en Carteia.

La cultura tartésica se cimentó sobre la edad del bronce. A lo largo del siglo IX a.C. se introdujeron cambios importantes en la cultura material, en la ordenación del territorio, en los enterramientos, y en establecer un sistema social claramente jerarquizado. Se documenta entonces una concentración de poblados y fueron ocupadas las zonas mineras de Huelva y las orillas del Guadalquivir, del Genil y del Guadalete. Un poblado típico de esta época es el de San Bartolomé de Almonte, en la provincia de Huelva, con cabañas de planta circular u ovalada.

El núcleo central de la cultura tartésica fue la serranía de Huelva, con Riotinto como gran centro minero y las riberas del Guadalquivir como tierras de cultivo que llenaban los graneros.

El rito funerario de estos pueblos fue la incineración en necrópolis con túmulos. Los poblados tartésicos poseen una economía agrícola, ganadera y metalúrgica. Sobre este mundo incidieron los fenicios, produciendo un fenómeno de aculturación. Estos contactos fueron pacíficos, sin apropiación de tierras, y trayendo muchos beneficios y adelantos para las gentes de la Península, como ponen de manifiesto las excavaciones de yacimientos fenicios en la ciudad de Huelva. El Cabezo de San Pedro fue ocupado en el bronce final, y allí, a mediados del siglo VIII a.C. se construyó un muro de pilas-tras y paramento de mampostería con el fin de contener tierras y no meramente defensivo, una técnica fenicia, que fue luego utilizada por las gentes del lugar. Estas relaciones de intercambio ocasionaron una gran transformación y modificaciones sustanciales en el sistema económico, en la producción y en la tecnología.

La realidad histórica de Tartessos comenzó con esta transformación. La presencia fenicia estable no es anterior al 800 a.C. Antes, más que comercio con los indígenas, se trataría de intercambios de regalos. Se iniciaron los contactos culturales, que conllevaban cambios socioeconómicos y materiales, a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Ya se han señalado las nuevas técnicas traídas a Occidente por los fenicios y que fueron asimiladas por los tartesios. El empleo de estas técnicas requería la existencia de un personal especializado y un sistema de intercambios. Los motivos orientales se convirtieron en símbolos religiosos y de poder.

Los centros mineros, como Aznalcóllar y Riotinto, y los poblados metalúrgicos como Peñalosa y San Bartolomé de Almonte, se encontraban en manos de los indíge-

nas. En el periodo del bronce final (tartésico), las aldeas alcanzaron una fisonomía urbana inspirada en los modelos fenicios. Este fenómeno se debió a cambios estructurales de tipo socioeconómico, como consecuencia de los intercambios entre indígenas y fenicios: concentración de los hábitat, especialización del trabajo y del comercio interior y exterior. Un modelo de hábitat de inspiración fenicia se ha excavado en el Castillo de Doña Blanca, mientras San Bartolomé de Almonte y el Cabezo de San Pedro parecen seguir modelos locales.

La riqueza tartésica se fundamentaba en la explotación de la plata, como se deduce de los textos de Diodoro y del Pseudo Aristóteles. El conjunto minero más importante fue el de Riotinto, aunque hubo otros muy relevantes en la Oretania y en general en toda Sierra Morena. Había también centros dedicados a la metalurgia de la plata que estaban distantes de los centros de extracción, como sucede con el citado San Bartolomé de Almonte.

Un centro minero importante —y también metalúrgico, cuyos primeros indicios arqueológicos llevan hasta el año 1000 a.C.— es el de Tejada la Vieja, que estaba defendido por una fuerte muralla que se data con anterioridad a la llegada fehaciente de los fenicios, entre los siglos IX y VIII a.C. Es a partir de ese momento, y debido a los estímulos fenicios, cuando se observa un auge del urbanismo. En el Cerro Salomón, en Riotinto, las primeras actividades metalúrgicas se datan a finales del siglo VIII a.C., cuando ya se habían asentado en el sur los fenicios.

La muestra del enriquecimiento producido por estas actividades se muestra en el uso de joyas de gran calidad, de las que son buen ejemplo las que forman el Tesoro de la Aliseda (Cáceres), fechado en torno al 600 a.C., y que aboga por la existencia de una actividad artesanal muy especializada y variada, pues la comparación de los objetos de la Aliseda con los de otro tesoro —el Carambolo, por ejemplo— permite singularizar distintos talleres, ambos ejemplos magníficos de las altas cotas de perfección que alcanzó la orfebrería tartésica.

Otra manifestación de las técnicas orientales es el trabajo del marfil, cuyas piezas más importantes proceden de Bencarrón, Cruz del Negro y Acebuchal (todas en la provincia de Sevilla), con escenas inspiradas en modelos sirios y fenicios del I milenio a.C.

En época tartésica se desarrolló mucho la navegación por el Mediterráneo y el Atlántico. La pesca, la agricultura y la ganadería alcanzaron una gran importancia, como se desprende de los restos de alimentos encontrados en el Castillo de Doña Blanca y de Huelva. La ganadería se basó en la cría de ovinápidos. En Tejada la Vieja y Peñalosa, la caza fue fundamentalmente la base de la alimentación. Los productos agrícolas más importantes recogidos en el Castillo de Doña Blanca son uvas, aceitunas, avena, garbanzos, cebada e higos. La expansión comercial dentro de la Península fue también muy importante, pues la influencia cultural tartésica se rastrea en la Alta Andalucía y en Extremadura, intensificándose a lo largo del siglo VII a.C.

Al final de la edad del bronce se sitúa el mito de Habis, rey legislador y civilizador, introductor de los bueyes y del arado para labrar la tierra; el mito le atribuye haber prohibido el trabajo a una parte de la población (los nobles) y de haber repartido a la plebe en siete ciudades. Esta leyenda es pareja con la de Rómulo y Remo, la de Ciro el Grande, la de Moisés, la de Sargón I de Acad, la de Semíramis, y la de Triptolemo, Tartessos estuvo gobernado por una monarquía, cuyo rey más famoso fue Argantonio,

que reinó ochenta años según Heródoto. La monarquía tartésica debió estar fuertemente centralizada y ejerció su control sobre otros territorios, especialmente en lo relativo a la extracción, distribución y comercialización de los metales.

Las llamadas «estelas del Suroeste» indican que, desde el siglo XI o los comienzos del siglo VIII a.C., existió una clase de jefes guerreros, que disponían de una rica panoplia guerrera: armas, escudos de escotadura en V, y carros de tipo oriental. Se ha supuesto que estas estelas, recogidas mayormente en el valle del Guadalquivir, pertenecen a grupos de pastores, procedentes de Extremadura e instalados en el área tartésica. El ritual funerario fue la cremación del cadáver, generalizado por adaptación o herencia de las costumbres fenicias. Se desconocen ajuares y ritos de los enterramientos fechados anteriores al año 1000 a.C. Los túmulos de Setefilla son de estilo oriental, con posibles precedentes en Chipre o Siria.

Se han propuesto varias teorías para explicar la decadencia o el cambio estructural de Tartesos; entre ellas, la destrucción por Cartago; la existencia de factores de decadencia interna y la subsiguiente crisis económica; o bien el cese de la producción minera. En Sicilia también se observa en el siglo VI a.C. una crisis de similares resultados. Las causas de la decadencia de Tartesos deben ser, pues, de carácter global, de desequilibrio entre las distintas zonas del Mediterráneo, siendo Occidente, y en particular Tartesos, sólo una pieza más de un gigantesco engranaje.

7. Los pueblos del occidente peninsular

7.1. LUSITANOS Y VETONES

El oeste de la península Ibérica estaba ocupado por los vetones y los lusitanos. Su cultura arranca de la preexistente en la edad del bronce atlántico, con aportaciones mediterráneas traídas por los fenicios. Los vetones ocuparon el territorio comprendido entre el Duero y la sierra de Guadalupe. Lindaban con los vacceos por el noreste, con los carpetanos por el sur, y por el oeste con los lusitanos, que limitaban a su vez con los galaicos por el norte, y con los turdetanos o túrdulos por el sur.

Los lusitanos habían desarrollado una cultura de fuerte personalidad al final de la edad del bronce. A partir del siglo VIII a.C., recibieron el impacto de la colonización fenicia, y de las culturas tartésica y turdetana. La Vía de la Plata fue el camino de penetración de estos influjos, que traían, entre otras cosas, escudos nuevos y carros de origen oriental, representados en las estelas de guerreros. La necrópolis de Medellín y Cancho Roano demuestran esos intensos contactos con el mediodía peninsular.

Vetones y lusitanos eran pueblos eminentemente ganaderos. A partir del siglo VI a.C. fueron típicas del área vetona unas cerámicas con decoración a peine y elementos decorativos tomados de fábricas más meridionales. A partir de finales del siglo V a.C. la cultura celtibérica influyó en estos pueblos y aparecen castros fortificados y defendidos con piedra hincada, y las espadas de antena, que junto a otros elementos conforman la llamada cultura de los verracos o Cogotas II.

Vetones y lusitanos tenían por deidades principales a Bandua, Nabia, Reve, y Ataecina. Los lusitanos ofrecían *suovetaurilia*, es decir, sacrificaban en honor de los dioses un cerdo, un toro y una oveja y esta ceremonia está citada en una inscripción de

Cabeço das Fraguas (Portugal). El rito lusitano para obtener adivinaciones es igual al de los galos, según Estrabón. Los vetones, por su parte, sellaban los pactos con sacrificios humanos y de caballos. Las manos cortadas de los prisioneros también eran ofrecidas a los dioses. En los funerales de los jefes militares se sacrificaban muchas víctimas en su honor, se celebran paradas y combates, como sucedió en los funerales de Viriato en el año 136 a.C. Las rocas al aire libre eran lugares preferidos para los ritos religiosos y los sacrificios. El más significativo es el de Ulaca (Ávila), excavado en la roca, con escalinatas y cazoletas. Típica de la cultura vetona fue la existencia de esculturas de toros o cerdos con carácter funerario y que se cree denotan la importancia de una economía ganadera.

La lengua de los vetones y lusitanos era muy antigua y seguramente precéltica e indoeuropea. Entre los vetones se da el sistema social gentilicio, basado en los clanes de familia.

7.2. LOS PUEBLOS DEL ÁREA SEPTENTRIONAL

En la franja costera del norte de España habitaban los galaicos, los astures y cántabros, que presentan afinidades con los lusitanos y con los pueblos del centro de la Meseta y del Pirineo, según Estrabón. La cordillera Cantábrica estaba habitada por los autrigones, los caristios y los várdulos, los vascones y los suesetanos. La cultura de estos pueblos es mal conocida, aunque parece que fue bastante uniforme y combinaban elementos antiguos con otros innovadores.

La cultura castreña es típica de los pueblos del noroeste, los galaicos, astures y cántabros. El substrato cultural de estos tres pueblos es el bronce atlántico. Propias de la cultura y el urbanismo castreño son las casas circulares, que se han considerado como de origen vacceo, pueblo agrícola del norte de la Meseta, así como el granulado de las joyas. Las gentes muy numerosas de estos tres pueblos habitaban los castros defendidos por murallas y fosas, y a veces también por piedras hincadas.

Los antropónimos en época romana iban acompañados del nombre del castro, lo que significa una organización especial, y distinta, de estos pueblos, que ligan el nombre al lugar de nacimiento o residencia, formando el conjunto un signo de identificación gentilicia. La mujer tuvo una posición especial, al decir de Estrabón, pues cultivaba la tierra, tenía el derecho de heredarla, casaba a los hermanos e iba a la guerra. Según el geógrafo griego, durante gran parte del año la bellota era la base de la alimentación de estos pueblos. No usaban el aceite para la cocina o para los condimentos, sino manteca. Los cántabros se lavaban con orina. Estrabón recoge otras noticias acerca de otras curiosas costumbres, que deben remontar a épocas muy remotas, como el dormir en el suelo y comer carne de macho cabrío. Se conocen algunos detalles de la religión, que parecen muy antiguos, como el hecho de sacrificar a un dios indígena—identificado con el Ares griego— machos cabríos, prisioneros y caballos, de los que se bebía la sangre. A este dios ofrecían rituales que incluían exhibiciones de gimnasia, combates, concursos marciales e hípicas. Este dios es mencionado frecuentemente en las inscripciones latinas, aunque con variantes, siendo lo común que su nombre aparezca con el sufijo *Cos-*.

Los galaicos rendían culto a la luna, a la que ofrecían bailes durante las noches de

plenilunio. Estrabón recuerda otras costumbres, como la de comer sentados, alineados en bancos situados en la base de las paredes, colocados según su edad y su dignidad. Los alimentos circulaban de mano en mano. Mientras bebían, los varones danzaban al son de trompetas cayendo en genuflexión. Usaban vasos de madera y calentaban el agua con piedras ardientes. No conocían la moneda, aunque la misma función la hacían láminas de plata. Lapidaban a los parricidas y a los criminales los arrojaban desde lo alto de las rocas. Los astures estaban gobernados por príncipes, y los cántabros por caudillos. Por lo demás, según Estrabón, este tipo de vida era típico de todos los pueblos situados en la cornisa cantábrica.

Los vascones habitaban los Pirineos navarros. Los suesetanos ocupaban el norte del Ebro, principalmente el territorio de las Cinco Villas. Todos estos pueblos son mal conocidos. Vivían de la ganadería. A partir del siglo V a.C. se impuso el rito de la cremación de los cadáveres, como se constata en Valtierra (Navarra). El uso del hierro llegó desde el valle del Ebro.

7.3. LOS IBEROS

El libro tercero de la *Geografía* de Estrabón es la fuente principal con la que cuenta el historiador para el conocimiento de los pueblos de la península Ibérica. La *Ora Marítima* de Avieno recoge topónimos que no se encuentran en otras fuentes escritas, probablemente porque este autor usó una descripción de la costa hispana que se cree de origen fenicio.

Los iberos habitaban las tierras de la Baja Andalucía, el Levante ibérico y el sur de Francia hasta el río Hérouet. Penetraron por el sur de la Meseta, y por el valle del Ebro hasta Zaragoza. La cultura ibérica fue el resultado de una aculturación de poblaciones indígenas que recibieron la cultura orientalizante y el impacto de la cultura traída por los fenicios y por los griegos. Pronto los pueblos del Levante, como Crevillente, mantuvieron relaciones intensas con los pueblos de la Meseta y con Tartesos. Estos contactos comerciales comenzaron en los siglos IX y VIII a.C. En seguida hicieron su aparición en el Levante ibérico el hierro y el torno de alfarero, y la introducción de ritos funerarios, como la cremación de cadáveres. Estos contactos comerciales beneficiaron fundamentalmente a las élites locales, que eran las que adquirían los objetos de importación, como queda patente en la riqueza de ciertas tumbas que reflejan el alto estatus social y el poder social y económico de sus poseedores. A través de estas élites locales, el impacto colonial de griegos y fenicios alcanzó a la masa de la población. De este modo se originó una transformación económica, social y técnica en las poblaciones. Esta aculturación se desarrolló de modo diferente según las diversas regiones.

Los pueblos de la Alta Andalucía y del sureste, ya desde la edad del bronce, habían alcanzado un alto desarrollo social y una gran habilidad tecnológica. Estaban muy bien preparados para recibir las aportaciones de las colonizaciones fenicias y griega. Pronto apareció una cultura tan avanzada como la tartésica, con la monarquía como forma de gobierno, con un gran desarrollo protourbano, como lo indica el monumento turriorme de Pozo Moro (Albacete), con representación de leones de piedra como guardianes de la tumba. Es un arte que tiene precedente en el mundo neohitita, con relieves de escenas del poema de Gilgamesh, como héroe con el árbol a cuestras,

con Enkidu y la ramera sagrada, con el combate de la Quimera, con un Cronos fenicio devorando a sus hijos, con personajes típicos del norte de Siria, con cabezas de animales, y con una imagen de Astarté. Estos relieves señalan bien la mezcla de diferentes influjos traídos por los colonizadores fenicios y griegos que operaron sobre las élites locales. Los iberos fueron gobernados por reyezuelos, no de origen divino, pues ni Habis ni Argantonio, ni los reyes de Etruria, de Italia, de Grecia, o de Fenicia e Israel tuvieron monarquías «divinas».

Los iberos de la costa comprendida entre Valencia y el sur de Francia recibieron menos objetos importados, posiblemente por tratarse de poblaciones más pobres y menos desarrolladas social, económica y culturalmente. Los comerciantes fenicios y griegos mostraron menos interés por ellos.

De este modo, la cultura ibérica estuvo ya configurada a partir del año 600 a.C. Se subdivide en dos regiones bien diferenciadas: una que se puede clasificar de protourbana, en el sur; y una segunda más atrasada al norte. La frontera entre estas dos regiones la marca el corredor de Montesa.

En la formación de la cultura ibera desempeñaron un papel importante los focenses. No parece que la batalla de Alalia (en Córcega), en la que cartagineses y etruscos vencieron a la flota focense, cortara las relaciones griegas con Occidente, como indica el hecho de que la cerámica griega continuara llegando a Córcega. A partir del 600 a.C. el ambiente cultural motivado por la presencia del comercio focense penetró hasta el valle del Guadalquivir. Estos contactos sobre un substrato indígena de fenicios, de tartesios y de focenses originaron la formación de la cultura ibera, en el sureste.

El influjo orientalizante desempeñó un papel importante en la aparición de la cultura ibérica, en la economía, en la sociedad y en la religión. El límite del reino de Tartesos se situaba en Mastia de los tartesios, localidad situada hacia Cartagena. El mundo ibérico ofrece varias áreas culturales, en función de los diversos pueblos, o tribus, de substrato cultural común, y de cultura material diferente. Entre estos pueblos cabe diferenciar a los turdetanos, en el sur, que eran los herederos de la cultura tartésica, que presentaba diferencias importantes con la cultura ibérica de otras regiones. La zona geográfica comprendida entre el Guadiana y la costa atlántica estaba habitada por los bástulos y por los túrdulos. Los oretanos se afincaban en el Alto Guadalquivir. Esta región, muy rica en minerales, fue visitada pronto por los fenicios. El santuario de Cástulo, de finales del siglo VII-VI a.C., tiene cierto paralelo con los santuarios rurales de Chipre, con exvotos en miniatura de galápagos, lleno de escorias, y con instrumentos mineros. Ello indica que, al igual que en la Chipre fenicia, el monopolio de las explotaciones mineras lo detectaban los sacerdotes. Los basteranos ocuparon la depresión bética y parte de la costa. La región costera del interior estaba separada por una cordillera de densos bosques y corpulentos árboles. Era una región rica en metales también, al decir de Estrabón. La región del sureste estaba habitada por los mastienos. Al norte de ellos, los contestanos ocuparon la zona costera. Los edetanos se asentaron en la región de Valencia. Al interior se encontraban los ólcades. Los ilerconvones se asentaron en la región comprendida entre el Maestrazgo y el Ebro. Al norte, en Tarragona, se situaban los cesetanos. Los layetanos ocupaban la llanura del Llobregat y del Vallés, y los indigetes la región próxima a Ampurias. La región de Vic estaba habitada por los ausetanos. En las cuencas de los ríos Segre y Cinca se asentaron los ilergetes; los oscenses, en la región de Huesca, y los sedetanos en las tierras de Zaragoza.

7.4. TURDETANOS

La cultura turdetana, que ocupaba las cuencas del Guadalquivir (hasta Cástulo) y del Genil, hundió sus raíces en la tartésica. Contó con grandes centros urbanos, como Carmona, Cástulo y Hasta Regia, que son ciudades fortificadas y asentadas en altura. La forma política de gobierno era la monarquía, que podía controlar varias ciudades a la vez. El palacio de Cancho Roano (Badajoz), fechado entre los siglos VI y IV a.C., es un buen ejemplo de un palacio de estos régulos, con almacenes de ánforas, que contenían vino, otra estancia con silos de habas y trigo y una tercera que almacenaba almen- dras y piñones. También se recogieron aperos de labranza y objetos de artesanía, ar- nes de caballos y numerosos molinos de mano. Las casas solían ser de planta rectangu- lar. Desaparecieron en la cultura turdetana las grandiosas tumbas de cámara, como la de Setefilla, cubierta por túmulos, o la de Trayamar. La desaparición de estas tumbas monumentales indica los cambios profundos económicos y sociales. Decayeron las importaciones de objetos santuarios del periodo orientalizante, lo que quizá sea un in- dicio de la pérdida del poder de la aristocracia. Se generalizó ahora el uso del hierro. Aparecieron grandes recipientes de bronce como los del Cerro Macareno (Sevilla) o Cancho Roano. Se desarrolló mucho la orfebrería, como prueban los tesoros de Évora, de Mairena del Alcor (Sevilla), y de el Carambolo (Sevilla), fechado este último en torno al 550 a.C., que sigue prototipos indígenas y de Oriente.

En tiempos de la cultura turdetana estaban abiertos al culto los santuarios de Despeñaperros, dedicados a los númenes locales, de sexo y funciones no bien determi- nados, a los que acudía el devoto para obtener favores tangibles. A ellos se ofrecían exvotos de bronce de pequeño tamaño, de hombres y mujeres, de animales, o represen- taciones de partes del cuerpo humano. Fue un tipo de religión semejante a la de Etruria arcaica, de Roma arcaica, o de Grecia arcaica. Los santuarios se asentaban en determi- nados lugares propios para la manifestación sagrada, como son las cuevas y las fuen- tes. No se hicieron construcciones ni se detectan huellas seguras de la existencia de sacerdotes o de sacerdotisas. No hay certeza de que hubiera imágenes divinas, pues los exvotos no llevan los atributos o símbolos de divinidad alguna. Tampoco se observan fenómenos de sincretismo. Hay huellas, no muy abundantes, de sacrificio de víctimas. Un exvoto oretano representa el sacrificio de un animal pequeño, y un segundo ejem- plar un personaje inicia un paso de danza. No se conocen en toda la cultura ibérica cul- tos de carácter ciudadano, salvo en Liria (Valencia) en época ya romano-republicana. Según Estrabón, los turdetanos fueron los más cultos de los iberos, tuvieron escritura y composiciones de más de 6.000 versos. Los iberos poseían, según este autor, escritura, derivada de la tartésica, y leyes propias.

7.5. BASTETANOS

La capital de los bastetanos o bástulos fue Basti (Baza). Este pueblo tuvo desde sus orígenes un fuerte influjo orientalizante desde el bronce final. El influjo ibérico llegó desde el sureste. A mediados del siglo V a.C. se imitaron las cráteras griegas de colum- nas. Bastetania contó con grandes ciudades. Además de Basti, Ilurco (Pinos Puente), Acci (Guadix), e Iliberris (Granada). Se desconoce la estructura interna de las ciudades.

Los túmulos con cámaras pintadas fueron característicos de la cultura bastetana, por ejemplo los de Tutugi (Galera, en la provincia de Granada) y Tugia (Peal de Becero, provincia de Jaén). En esta última apareció un carro de caballos depositado a la en- trada, indicio del alto estatus de su propietario. En la necrópolis de Basti se detectan bien las diferencias sociales. En una de las tumbas las cenizas del difunto estaban de- positadas debajo del trono de una diosa, posiblemente una versión indígena de Astarté. Se conocen pocos datos de la religiosidad bastetana. Dos santuarios, el de Pinos Puen- te y el de El Cigarralejo, este último en la provincia de Murcia, estaban dedicados a una deidad protectora de caballos, representada en relieves, que aparecen diseminados desde Jaén hasta Sagunto. La economía fue fundamentalmente agrícola y ganadera. La cerámica, a partir del siglo VII a.C., fue de carácter orientalizante.

7.6. ORETANOS

Los oretanos ocuparon el Alto Guadalquivir. Esta región era rica en metales. Las dos ciudades más importantes fueron Cástulo (Linares) y Obulco (Porcuna). La cultu- ra oretana se caracterizó por sus *heroon*, como el de Obulco, de la segunda mitad del siglo V a.C., y el de Huelma, del siglo IV a.C. En el primero, la escultura acusa fuerte- mente el estilo focense. Se representaron los rituales de competiciones agonísticas, y cacerías con sentido funerario. Estos monumentos fueron quizá sepulturas de reyezue- los. En Oretania se encuentran los citados santuarios de Despeñaperros, Castellar de Santisteban y Collado de los Jardines. Este tipo de religiosidad se extendió hasta La Luz (Murcia) y Alarcos (Ciudad Real).

7.7. PUEBLOS DEL SURESTE

En la costa sureste peninsular se asentaron los mastienos. Además de la capital, Mastia de los tartesios, otra ciudad importante fue Baria. La vida de estas poblaciones es desconocida. Carecían de monumentos funerarios.

Los contestanos ocupan las tierras comprendidas entre los ríos Júcar y Segura. Yacimientos importantes, para seguir en esta zona la formación y desarrollo de la cul- tura ibera, son Los Saladares (Orihuela) y Crevillente (Alicante), con un fuerte influjo orientalizante, al que se sumó después el influjo griego focense. Pronto apareció una plástica de origen greco-oriental con leones y toros guardianes de tumbas. En los ritua- les fúnebres se celebraban simposios en los que se consumía vino. De origen fenicio o griego fue la introducción de pesas y medidas.

Ciudades importantes fueron Illici (Elche), ciudad que ha dado una excelente es- cultura de influjo griego, fechada en el siglo VI o V a.C. Otros centros urbanos son La Bastida (Moixent, Valencia), o La Escudeia (San Fulgencio, Alicante). Un elemento típico de esta cultura son las estelas fúnebres coronadas por una sirena, por un grifo o una esfinge, fechadas a partir del siglo VI a.C., como las encontradas en el área com- prendida entre el Corral de Sans (Moixent, Valencia) y Los Nietos (Murcia). A partir del siglo V a.C., las luchas frecuentes de unas tribus con otras, a las que alude Estrabón, fueron la causa de la destrucción de estas estelas y de los *heroon*. Tumbas escalonadas

se encuentran en El Cigarralejo y en Cástulo. Los santuarios son del tipo de los oretanos, como los de La Luz (Murcia). Una cueva-santuario (Salchiche, Murcia) estuvo dedicada a una diosa cubierta con piel de lobo. La agricultura y la ganadería fueron la principal fuente de riqueza, y en la franja costera lo fue la agricultura y la arboricultura.

7.3. EDETANIA Y EL NORESTE

El noreste y el Levante, hasta el sistema Ibérico, estaba ocupado por pueblos celtizados dedicados a la ganadería.

Los fenicios visitaron estas tierras a partir del siglo VIII a.C. A ellos se debe la introducción del hierro y de la fibula de doble resorte. Desde el siglo VII a.C. se relacionaron con los fenicios de Ibiza. Esta zona estaba más atrasada que la de los iberos del sureste. Se ha supuesto que príncipes guerreros controlaban el territorio. A partir del 575 a.C. hizo su aparición el comercio griego procedente de Ampurias, que suplantó al fenicio. Esta zona costera tuvo un substrato orientalizante; faltan las esculturas, la gran arquitectura y los grandes núcleos urbanos.

En Edetania las poblaciones más importantes son Liria, Arse (Sagunto), célebre por su templo de Diana construido con grandes sillares, y Los Villares. El territorio estuvo cubierto de torres vigías. Los *oppida* fueron de pequeño tamaño. Las casas o viviendas eran unicamerales. A partir del siglo VI a.C. se encuentran en las tumbas ricos ajuares, indicativos de las grandes diferencias sociales y económicas. Toda la costa levantina ibérica estuvo plagada de cuevas; santuarios en los que las ofrendas eran vasos cerámicos. La economía se sustentaba en la ganadería y la agricultura. Se desarrolló un artesanado que imitó la cerámica griega. En el mundo ibérico catalán y del sur de Francia no se conservan poblados importantes, salvo Ruscino (Perpignan) y Narbo (Narbona), y Ullastret, enclave urbano vecino de Ampurias, que floreció en torno al 575 a.C. Esta zona recibió visitantes jonios, fenicios y etruscos. Hacia el 880 a.C. aparecieron las viviendas rectangulares. Con anterioridad la población habitaba en cabañas. En el siglo V a.C. la ciudad se amuralló con torres circulares. Durante los siglos VI y V a.C. el urbanismo fue muy pobre. Las necrópolis son parecidas a las de Edetania.

7.8. LOS PUEBLOS PIRENAICOS

La iberización de los pueblos del Pirineo fue posterior al paso del ejército de Aníbal por ellos. Los ilergetes son el pueblo ibero más importante del valle del Ebro. Ánforas de vino y objetos de hierro aparecieron por esta zona en torno al 600 a.C. y a partir del siglo VI a.C. la cerámica indígena. La capital fue Ilerda. Caudillos guerreros dirigían a la población, en época de la segunda guerra púnica y posiblemente siglos antes. La cultura de los ilergetes fue muy parecida a la sedetana. A partir del año 500 a.C. se abandonaron los poblados de los Campos de Urnas. En lo relativo a la religión, perduró el culto en las cuevas-santuarios consagradas posiblemente a divinidades acuáticas.

8. Los celtas

Los celtas fueron una de las etnias más importantes de la península Ibérica en época prerromana, por su estructura socioeconómica y por su movilidad, que les llevó a influir en áreas muy diversas y alejadas del núcleo principal, es decir, las tierras de la Meseta y de la cordillera Ibérica, originando una fuerte celtización en los pueblos del sur y del Levante ibérico. La arqueología y la lingüística han contribuido mucho al estudio y mejor comprensión de la expansión céltica, a cuyas aportaciones hay que añadir los datos suministrados por los escritores griegos y latinos de fecha muy posterior.

Hace bastantes decenios se admitía la existencia de varias oleadas célticas y se adaptó para España, a partir de 1920, el esquema de Campos de Urnas y las etapas de Hallstatt y La Tène, cuyo principal defensor fue el arqueólogo P. Bosch Gimpera. Por su parte, los lingüistas creían detectar bien la existencia de varias oleadas inmigratorias, fundamentalmente dos: la llamada precelta o indoeuropea, y otra propiamente celta. La primera, según A. Tovar y su escuela, se caracterizó por sostener que el lusitano era la lengua representativa de la oleada invasora, una opinión compartida por otros especialistas (como Untermann) que la consideran propiamente céltica. En cualquier caso, la lengua celtibérica, que parece más arcaica que la británica y que la gaélica, se escribía tanto en alfabeto ibérico (como se ve en el famoso bronce de Botorríta) como en el latino.

Los investigadores extranjeros niegan frecuentemente la existencia de los celtas en la península Ibérica, que ellos consideran «celtas de La Tène II» a partir del 350 a.C. Éstos son los celtas que describen César, Diodoro Sículo y otros autores. Las invasiones celtas se vincularon con los Campos de Urnas, ligados en la investigación a la llegada de los celtas que traían el rito de la cremación de los cadáveres, cuya extensión abarcaba el noreste peninsular. Las gentes de los Campos de Urnas hablaban, sin embargo, la lengua ibérica. Esta zona no coincidía con el área que los lingüistas asignaban a los celtas.

En la actualidad es posible conocer mejor la cultura céltica peninsular. Los lingüistas sitúan el núcleo de la lengua céltica en la región donde las fuentes escritas antiguas colocan a los celtiberos, es decir, la Meseta castellana y la cordillera Ibérica.

Desde mediados de la edad del bronce, a partir del II milenio a.C., la cultura de Cogotas I, de economía mixta, agrícola y ganadera, con influjos técnicos del bronce atlántico, ocupaba el centro de la península Ibérica. A partir del siglo IX a.C. esta cultura es sustituida por otra en la que actuaron rasgos del bronce final tartésico, como espadas, cerámicas y fibulas, que ocupó la futura área celtibérica. Esta cultura se relacionó con otra contemporánea y similar, cuyo exponente más significativo es la cultura de Soto de Medinilla, en la ribera del Duero, que se caracteriza por tener casas circulares, de posible origen meridional, y por un ritual fúnebre peculiar.

Algunas cerámicas pintadas y la decoración incisa aparecieron ya en los inicios de la cultura celtibérica, y perduraron hasta la romanización en el siglo II a.C. Formaron el núcleo auténtico de la cultura celtibérica, a la que se sumaría la cremación, propia de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro, que aportaron también la lengua y la organización gentilicia. Los pequeños poblados se fortificaron y se extendieron por la cordillera Ibérica muy posiblemente en función de la ganadería.

La aparición de poblados fortificados se interpretaba como el resultado de la je-

arquía territorial y del crecimiento demográfico. Igualmente se ha relacionado con la trashumancia, necesaria para alimentar al ganado ovino. Esta economía favorecía el incremento demográfico y la concentración de riqueza y poder político en unas pocas manos. Ello condujo a una organización social jerarquizada de tipo guerrero aristocrático. Con el tiempo estallaron gravísimos problemas de carácter económico y social que llevaron a grandes masas de población a dedicarse al bandidaje en las tierras del sur y del Levante, como único medio de subsistencia.

Los poblados celtibéricos tendieron a estar jerarquizados, como el de Pedro Muñoz (Ciudad Real), y el de Jabalón (Teruel), con casas de planta rectangular, con paredes externas construidas a modo de muro fortificado, como en el valle del Ebro, y con calle o plaza central. Se desconoce la fecha de aparición de estos poblados. Las murallas de algunos de ellos están defendidas por grandes piedras hincadas en tierra, lo que presupone un desarrollo y uso de la caballería. Este sistema de defensa hizo su aparición en el valle del Ebro en el siglo VII a.C.

Los celtas hispanos no construyeron grandes *oppida* antes de la conquista romana, como lo indican los topónimos Complutum o Contrebia. Este fenómeno se da también en el centro de Europa. Algunos poblados celtas del valle del Ebro no se diferencian de los del mundo ibérico. El proceso de urbanización se daría a partir del siglo III a.C. y fue vinculado a una profunda evolución de carácter social, como es la aparición de magistrados o la desaparición de depósitos de armas en las sepulturas. Se observa, pues, en los datos suministrados por la arqueología y la lingüística, una aculturación y una evolución con la llegada de pequeños grupos desde el valle del Ebro. Fue típico de las poblaciones celtiberas el dejar al aire libre los cadáveres de los guerreros para que fueran devorados por los buitres, tal como describen Silio Itálico y Herodiano. Este ritual también lo practicaron los vacceos, pueblo agrícola del que quedan testimonios arqueológicos en los vasos pintados de Numancia, en una estela de la Meseta, de época romana, y en una escultura de Obulco fechada en la segunda mitad del siglo V a.C. Algunas necrópolis tienen estructuras tumulares relacionadas con una economía pastoril, como el Pajaroncillo (Cuenca). En otras, las urnas están alineadas, con estelas hincadas, como en Aguilar de Anguita (Guadalajara), sin paralelos en el mundo celta europeo. Los ajuares evidencian la jerarquía social, pues sólo las tumbas más ricas tienen la panoplia completa, con armas diferentes a las de los celtas de Europa. La cerámica depositada en las tumbas es la misma que la usada en las ciudades. Las armas están fabricadas de hierro. La espada de antenas se dio en el valle del Ebro, en Aquitania, y en Cataluña. Su origen puede proceder de finales del bronce atlántico peninsular, al igual que la espada de Monte Bernorio. Esta cultura se diferencia profundamente de La Tène.

Las formas cerámicas proceden de las urnas y de los cuencos troncocónicos típicos de los Campos de Urnas. Los vasos de vajilla y de almacenaje responden a tradiciones locales heredadas del bronce final con influencias del mediodía peninsular, de donde proceden también los bronce de cinturón más antiguos y las fibulas. La escritura celtibérica deriva de la ibérica y no es anterior al siglo III a.C.

Las armas son de procedencia diversa. Eran objetos de prestigio personal. Se debió dar en este momento una mera jerarquía de jefes guerreros, bien documentada durante la guerra celtibérica (154, 133 a.C.). Característico de los celtas hispanos es el uso de torques, que en la Meseta están fabricados de plata (Los Filipenses, Palencia) y

en el noroeste de oro. El empleo de un metal u otro es indicativo del estatus social de su portador.

La base económica era la ganadería, complementada por la industria del hierro procedente del Moncayo. Esta cultura conocía el torno de alfarero, llegado probablemente desde el sur peninsular, y también usaban el molino circular para triturar grano. Difundieron la práctica de amurallar las ciudades; utilizaban el alfabeto ibérico, e introdujeron el uso de la moneda.

En el estado actual de la investigación, se admite generalmente que las culturas de la Meseta castellana y del oeste en el paso del bronce final a la edad del hierro, estaban relacionadas entre sí y constituían un substrato notablemente homogéneo. En relación a la lengua, había ciertos elementos lingüísticos denominados precélticos, cuyo exponente mejor sería la lengua lusitana, claramente diferenciada de la lengua celta posterior.

Los topónimos y teónimos son muy antiguos, con cultos a las aguas y a los peñascos. La cultura celtibérica también conserva elementos muy arcaicos.

Algunos elementos posteriores, como los topónimos con prefijo *Seg-* y sufijos en *-briga*, algunos antropónimos, como *Celtius*, y las espadas celtibéricas depositadas en las tumbas, las organizaciones gentilicias y los pactos de hospitalidad, que aparecen en fecha posterior, pertenecen a la cultura celtibérica. Con el área celta peninsular va unido el culto al dios Lug, dios típico de los celtas de fuera de la península Ibérica.

Los celtas peninsulares son, pues, el resultado de una evolución del antiguo substrato y de una aculturación. Hoy día se supone que el proceso de celtización arranca del propio substrato indoeuropeo, reforzado por la llegada de pequeñas élites guerreras procedentes de los celtas extrapeninsulares, que se impusieron como grupo dominante. Este fenómeno se fecha en el paso del siglo VII al VI a.C. Estas élites desarrollarían una cultura de economía pastoril y de carácter guerrero, en continuo proceso de expansión hacia las zonas periféricas, proceso que duraría mucho tiempo. Estos jefes guerreros, que aparecen en las guerras celtibéricas y la lusitana (155; 136 a.C.), dirigirían razzias en el sur y Levante peninsular en época de la conquista romana.

La presencia de celtas en el sur queda confirmada por la antroponimia, por la toponimia y por las armas de los guerreros de Obulco (Porcuna). Los célticos de Lusitania, según Plinio, procedían de los celtiberos, como se demuestra por los ritos y ceremonias religiosas, por la lengua, y por los nombres de las ciudades, como Nertobriga, Segeda, Turobriga, etc. De esta llegada hay confirmación en la provincia de Huelva en el siglo IV a.C. Los celtas de Galicia y del norte de Portugal proceden del sur, según Estrabón. A la llegada de los romanos, los vetones y los lusitanos estaban celtizados, y habían alcanzado las regiones del noroeste y del Levante ibérico.

Bibliografía

En la *Biblioteca Clásica Gredos* y en los bilingües de *Clásicos Hispania* hay traducciones de varios autores griegos y romanos relevantes para este tema: Apiano, Aristóteles, Arriano, César, Curcio Rufo, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón (parcial), Heródoto, Hesíodo, Lucano, Píndaro, Plinio el Viejo (parcial), Polibio, Salustio, Tito Livio, Tucídides, Virgilio.

En particular sobre los pueblos de Hispania, pueden consultarse las traducciones, con